

41 FESTIVAL INTERNACIONAL DE MÚSICA DE CANARIAS

ICDC Instituto Canario de
Desarrollo Cultural

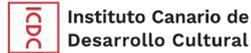
 Gobierno
de Canarias



CAMERATA DE SALZBURGO

François Leleux *Dirección* | Lisa Batiashvili *Violín*

Gran Canaria · Auditorio Alfredo Kraus · 31 enero 2025 · 20:00
Tenerife · Auditorio de Tenerife · 01 febrero 2025 · 20:00



Cabildo Insular
de La Gomera



Cabildo de
Lanzarote

fest clásica



Santa Cruz de Tenerife
AYUNTAMIENTO



Ayuntamiento
de Las Palmas
de Gran Canaria

PATROCINADORES



Barceló
HOTEL GROUP

COLABORADORES



canariasahora
el primer periódico digital de Canarias

Canarias7



www.laprovincia.es
LA PROVINCIA
DIARIO DE LAS PALMAS

L. V. BEETHOVEN (1770-1827) 45'

Concierto para violín en Re mayor, op. 61
Concert for violin in D major, op. 61

I. Allegro ma non troppo

II. Larghetto

III. Rondo (Allegro)

----- PAUSA -----

T. ZEDGINIDZE (2009-) 22'

Sinfonía nº 1
Symphony nr. 1

W. A. MOZART: (1756-1791) 36'

Sinfonía nº 41 en Re mayor, K. 551 “Júpiter”
Symphony nr. 41 en D major, K. 551 “Jupiter”

I. Allegro vivace

II. Andante cantabile

III. Minuet (Allegretto)

IV. Molto allegro

QUÉ SON LOS CLÁSICOS Y ESO...

Escribía Quevedo (Francisco de) en uno de sus grandes sonetos «metafísicos» que leer a los clásicos «es escuchar con los ojos a los muertos». Añadamos que son clásicos porque cientos de años más tarde todavía mantenemos la escucha atenta a lo que nos tienen que decir como si fuese ayer mismo que lo hablaron para nosotros.

Ludwig van Beethoven (1770-1827) es un clásico, como no lo son ni Clementi, Pleyel o tantos otros de su misma época, que pese a su significado e importancia son, más que clásicos, autores viejos como tampoco es lo mismo un mueble antiguo que uno viejo. Lo primero es primordial porque transmite algo que el paso del tiempo no ha sido capaz de sepultar para siempre; lo segundo es un artefacto cualquiera que, a pesar de haber atravesado el tiempo hasta llegar a nosotros, solo trae con él polvo y polilla.

Beethoven fue, además, un creador verdaderamente singular, no solo por el atrevimiento que muestra en sus obras más rompedoras y con las que todavía hoy parece golpear y batir ventanas y puertas. Es que el compositor de Bonn dejó su huella inimitable en prácticamente todos los géneros musicales posibles. Fue algo así como un mago incansable que encontraba tiempo para salpicar de talento lo mismo una ópera que canciones populares y también de concierto. Cultivó todos los géneros y en todos ellos siempre tenía algo que decir y dejó dicho por escrito. Así como en cuartetos, sonatas para piano solo, o para violín y piano, violonchelo y piano, conciertos para piano, oberturas y sinfonías dejó el testimonio inmortal decenas de obras importantes y muchas obras consideradas como maestras, solo escribió una ópera (Fidelio) y un concierto para violín, su op.61, considerado, junto con el Concierto para violín de Johannes Brahms, la obra cumbre del repertorio para este instrumento.

La obra, en sus tres movimientos, es un auténtico desafío para el intérprete y un festín sonoro para sus oyentes. En 1806 se escuchó por vez primera los cinco golpes de timbal con los que se abre su primer movimiento. ¿A alguien se le había ocurrido antes abrir con un instrumento tan singular y poco agraciado un concierto para violín y orquesta? Solo a Beethoven. La llamada de atención de esos cinco golpes se ha convertido en algo icónico en las salas de concierto de todo el mundo.

A la musicología le encanta dejar a un lado la parte emocional de la música para centrarse en lo puramente material y operatorio. Pues digamos que Beethoven escribió el Concierto para violín siguiendo una petición de su amigo Franz Clement, quien además de buen violinista era director de orquesta en Viena.

Pese a los mimbres extraordinarios con los que se presentó a su público en su estreno en Viena, la obra resultó algo así como una extravagancia, difícil de seguir y demasiada larga. Tampoco ayudó el que Clement interpretase entre movimientos alguna obra propia para lucimiento y exhibición circense sin venir a cuento de todo lo que contenía su talento.

Parece que nadie en la sala apreció el carácter sinfónico de la obra, ni la capacidad de Beethoven para mezclar la voz fantástica del violín en el maremoto fabuloso de la orquesta.

El Concierto para violín cayó pronto en el olvido, que es donde terminan siempre todas las cosas hasta que alguien las rescata del polvo y la indiferencia. En este caso lo recuperó el virtuoso Joseph Joachim, un perejil en casi todas las grandes salsas de la época y que lo interpretó en lo que fue una especie de «reestreno» en 1844 y bajo la dirección de un jovencísimo Felix Mendelssohn de 12 años.

MOZART ENTRE EL PRODIGIO Y LA PARRANDA

Moría el gran Siglo de Oro de la literatura en España cuando el resto de Europa redescubrió en el siglo XVIII lo que significaba la gran tradición literaria grecolatina. A la luz miope del llamado Siglo de las Luces, que nunca vio bien ni de cerca ni de lejos, se descubría en Europa Central la importancia de todo lo clásico a lo que España llevaba más de dos siglos dándole vueltas: la tragedia de origen griego, la historia grande y pequeña del Imperio Romano, los temas de los grandes autores grecolatinos desde finales del siglo V A.C. hasta el siglo III D.C. etcétera: Aristófanes, Sófocles, Virgilio ahora reclamados por operistas alemanes que construían su gran teatro alemán sobre las brasas de civilizaciones ajenas. El mito de Orfeo, los emperadores y dioses romanos rescatados del

OLIMPO GRIEGO...

Wolfgang Amadeus Mozart no quiso ser menos, y muchas de sus «óperas serias» rescataron historias y personajes que ya los italianos habían cultivado en la escena y que los escritores españoles habían manoseado del derecho y del revés dos siglos antes.

Mozart es un clásico, tanto por formar parte del canon de autores que siguen hablándonos después de muertos como por formar parte del periodo clásico en un regreso a lo que Europa Central nunca tuvo.

No podemos decir que Mozart renovase el género sinfónico, porque sería mucho decir, pero hay que reconocer que sus últimas sinfonías se han encaramado al abismo de la historia y han sorteado la molición del tiempo.

En medio de la treintena de sinfonías, Mozart se pone interesante: Su Sinfonía Linz es un milagro, su Sinfonía nº40 un prodigio inolvidable de saltimbanqui arriesgando sin red desde lo alto de un trapecio y su Sinfonía nº41, «Júpiter», todo un jolgorio exultante de alegría que su continente casi parece incapaz de contener: si Júpiter es el dios de los dioses romanos copiado del Zeus griego, la Júpiter de Mozart escupe rayos de alegría contagiosa con ese sobrenombre, al parecer, por decisión del empresario Peter Salomon, quien veía la grandeza y la majestuosidad del dios romano incrustada entre los rayos cegadores que emanan de la obra. Como decíamos, por entonces lo clásico estaba de moda.

Con semejante derroche de entusiasmo y alegría, es difícil de asumir que Mozart escribió esta obra en medio de las dificultades vitales de 1788, y no durante un par de noches seguidas de parranda.

Decir que la obra es un prodigio de principio a fin es poco menos que no decir nada, pero basta señalar el prodigio de malabarista de su final, un movimiento fugado donde hasta cinco temas se entrelazan de manera magistral en lo que parece una orgía musical fabulosa para, por fin, decirlo prácticamente todo.

DIME QUE HACE AQUÍ ESTA OBRA...

La Sinfonía nº 1 de Tsothe Zedginidze es un estreno en España. Aunque es la primera sinfonía de este pianista y compositor de origen georgiano de quince años, no es, desde luego, su primera obra. Aunque la sinfonía será para el público toda una sorpresa -la obra llega al Festival de Canarias dos días después de su estreno mundial en la ciudad austríaca de Salzburgo- no lo es el nombre del muchacho, considerado ya como todo un prodigio musical en medio mundo.

En los análisis de su todavía no muy extenso catálogo musical, se habla de un estilo muy accesible para crear una música con muchas capas de significados.

Esta especie de Mozart de la era de la soledad y del scroll infinito escribe música evocadora de atmósferas, entre lo lírico y lo enigmático que esconde quién sabe qué oculto al otro lado. Su instinto melódico, que bebe de la grandísima y rica tradición de sus orígenes, se extiende sobre sofisticadas estructuras armónicas, algo muy semejante a lo que en su momento hizo su compatriota Alfred Schnittke.

Javier Vizoso

La música: energía que llega al alma



*Fundación DISA,
con el Festival de
Música de Canarias*